

# UN INCONFUNDIBLE HILO DE TRISTEZA

Eugenio Cobo

Tenía razón Miguel Dolç, como en casi todas las opiniones que expresaba en el prólogo a «Contar y seguir», al decir que los libros de Antonio Pereira son un único libro. Nacido un poco tarde a las publicaciones, Pereira conoce bien desde el principio cómo va a ser su obra; sólo será necesario tiempo para que nos vaya desgranando título a título su idea. Creo incluso que su poesía difiere escasamente de su narrativa.

Ahora, con el estilo que ya le es habitual, nos ofrece este cuarto libro de narraciones, conteniendo trece, algunas de las cuales las conocíamos ya por revistas. Es el estilo que sigue los planteamientos narrativos de lo que se dio en llamar el realismo social, huyendo de lo puramente fantástico, o imaginativo, o brillante, para pintarnos de una forma lineal los tipos y las situaciones más cotidianamente palpables. Pero en lo que sí se distancia es en su falta de intencionalidad de denuncia: se limita simplemente a mostrarnos el escaparate, con independencia de que su ideología, por otra parte, pueda coincidir. Además de que esa «guasa» tan característica que está presente de continuo en la obra de Pereira, nos aleja de la austeridad de aquel realismo. Y en realidad, también hay un comienzo de despegue en este último volumen con respecto a su obra anterior, al menos por lo que hace a la interpretación de ciertos fenómenos, con la inclusión de un sentido misterico y teosófico, aunque este primer escarceo sea aún bastante pudoroso.

Igual que en sus demás libros, saca a relucir también aquí su gran pasión viajera, pero en donde no sale reflejado ningún exotismo. No existe ninguna presunción de conocedor de mundos distintos, porque todas las cosas que nos cuenta podrían haber ocurrido igualmente en su comarca bierzana, respondiendo a lo que algunos críticos han dicho cuando aluden a su provincianismo universal. En su pluma, cada anécdota o cada paisaje sigue siendo familiar, casi doméstico, orlados por un delgado, pero inconfundible hilo de tristeza, siempre presente en Pereira al mostrarnos unos personajes cuya principal atribución es la de enfrentarse desesperadamente con su soledad. Intento, igualmente, de encontrar su sitio en el mundo, esto es, de llegar a reconocerse. Y el propio hecho de aparecer tan itinerante y aventurero es un afán de distraer o disimular esa soledad de la que se penetran sus tipos,

mucho más próximos a la nostalgia que a la esperanza. En ese mismo empeño de eludir la nostalgia que podría llevar al fracaso personal, cabe enmarcar la utilización dosificada del erotismo. Erotismo venial, como él mismo diría. Y por el contrario, lo que sí ha eliminado con relación a cuentos publicados anteriormente, como Beltrán, primera especial, o Eso, o Las erotecas infinitas, es la denuncia del llamado «progreso» como desencadenante de la deshumanización progresiva de la sociedad.

La prosa de Antonio Pereira nos sigue pareciendo muy trabajada, tal vez en exceso. Una parsimonia que a veces produce un embarullamiento en lugar de claridad. Se caracteriza, asimismo, por su ausencia de ornamentación, no incurriendo tampoco en la tentación de poetizar las sensaciones.